

Borges, Jorge Luis; PROLOGOS, Buenos Aires, Torres Agüero Editor, 1975, 176 pp.

Este volumen reúne 40 prólogos escritos por Jorge Luis Borges para otros tantos libros y casi otros tantos autores de la literatura argentina y extranjera entre los años 1923 y 1974. (El adverbio restrictivo obedece al hecho de que en el caso del *Martín Fierro* se han incluido tres prólogos diferentes, redactados por el mismo Borges para distintas y sucesivas ediciones del poema; también a que, aparte de José Hernández, otros escritores -Sarmiento, Carlyle- son objeto de más de un comentario.)

Haber reunido en un solo libro los diversos prólogos con que, a lo largo del tiempo, Borges ha ido fundando o reconociendo afinidades, no parece una empresa especialmente destacable. Más importante es constatar que el tomo confirma una antigua comprobación: contados son los autores aquí reunidos a quienes Borges no debe alguna de sus propias páginas. Su deuda con esos escritores es, no obstante, menos cuantiosa que la de la literatura del siglo XX con Jorge Luis Borges. Este no hubiera podido prescindir de Quevedo o de James; nosotros, además, de su lectura y visión de Quevedo y de James.

Otra singularidad, ya un tanto menor, es el orden del volumen que reseñamos: la aplicación rigurosa del alfabeto ha evitado al autor la incomodidad de los calificativos. Esa neutralidad no ahorra vaivenes al lector: a renglón seguido de sendos prólogos a dos obras de Sarmiento, pasa a Marcel Schwob, y de éste al *Macbeth* de Shakespeare, con los consiguientes hiatos que no sólo separan el momento de escritura de las obras sino también el de los mismos prólogos, que se fechan, en los ejemplos mencionados, en 1944, 1974, 1949 y 1970 respectivamente. Tal ordenamiento (o tal preferido desorden) es, como aclaraba, secundario, ya que el eje que lo atraviesa es común: diversas las obras y diversos los autores en el tiempo, en la geografía,

en las preocupaciones técnicas y temáticas, los unifica justamente el nexo que entre ellos ha ido estableciendo Borges a lo largo de su vida, haciéndonos leer a Whitman a partir de Emerson o, lo que es menos previsible, a Kafka a partir de Melville (o de Browning).

Este conjunto de trabajos está precedido, naturalmente, por un prólogo de Jorge Luis Borges. En él se teoriza sobre el tema de las presentaciones y los prólogos, y se confiere a esta fórmula otra ritual de los bautismos editoriales la función de ser "una especie lateral de la crítica".

Al potenciado "Prólogo de Prólogos" siguen los aludidos trabajos, entre los que no será ilícito para con los omitidos señalar los dedicados a algunos libros y autores: *Novelas ejemplares*, de Miguel de Cervantes; una semblanza de Macedonio Fernández; *El cementerio marino*, de Paul Valéry; *Obras*, de Lewis Carroll; *Bartleby*, de Herman Melville; las *Crónicas marcianas*, de Ray Bradbury. El libro se cierra con el prólogo, de 1969, a *Hojas de hierba*, cuya selección y traducción fue realizada por el mismo Borges, y gracias a las cuales la grandeza de Whitman se ha conservado intacta.

El prologuista se explaya poco sobre los libros que presenta; prefiere dejar más lugar a los autores, a las ideas generales o específicamente literarias que los inquietaron. Pero nos las presenta a través de las ideas que él mismo tiene sobre las relaciones del escritor con el mundo físico, con el arte y, especialmente, con la literatura. De un modo aún algo tosco podría decirse que Borges no nos presenta obras, sino su modo de ver y leer esas obras, y que esa particularidad es la que mantiene la comunidad a que más arriba hice referencia. Por eso también más de una vez es difícil -si no inútil- distinguir cuándo Borges está afirmando algo de otro y cuándo lo hace de sí mismo; así por ejemplo al escribir sobre Carlyle: "Nadie ha sentido como él que este mundo es irreal (irreal como las pesadillas, y atroz)" (p.37), o al comentar la "naturaleza biforme" de Whitman (tan seme-

jante en este comentario al protagonista de "El Sur"): "... es el modesto periodista Walter Whitman, oriundo de Long Island, que algún amigo apresurado saludaría en la aceras de Manhattan, y es, asimismo, el otro que el primero quería ser y no fue, un hombre de aventura y de amor, indolente, animoso, despreocupado, recorridor de América" (p. 172).

Estos y otros comentarios del libro recuperan para el lector una dimensión a la que no siempre se atiende en el examen del espacio de lectura de Borges. Borges puede (y en ciertos casos, **debe**) ser leído, también él, a partir de muchos de los autores aquí prologados, ya que, como su Kafka, ha sabido y querido "**crear** a sus precursores".

Faltan en el volumen que reseñamos los puntuales prólogos que hoy preceden, salvo poquísimas y relativas excepciones, sus propios libros. Acto voluntario o inexplicada omisión, esas ausencias restan al libro un sector donde -tanto como en los trabajos comentados- se ha ido dibujando una parte bastante fundamental de las ideas de Borges sobre la creación literaria. El ocultamiento, simultáneamente, parece corroborar ese lugar mayor que ha otorgado en su vida a la actividad de leer: "Que otros se jacten de las páginas que han escrito; / a mí me enorgullecen las que he leído", ha poetizado sin que se creyera demasiado en su sinceridad. Este compendio, de algún modo, nos recuerda la incomprendida aspiración: gustar y descifrar signos elaborados por otros; celebrar una lectura inteligente y gozosa; ser, en definitiva, el lector, un lector modesto y activo, un hombre que enseña a leer su lectura.

Gerardo Mario Goloboff

Carpentier, Alejo: EL RECURSO DEL METODO, México, Siglo XXI, 1975, 343 pp.

El recurso del método se nos ofrece como la fase final del proceso que magistralmente iniciara Alejo Carpentier con **El reino de este mundo**. Por esto, para dar razón de la nueva novela, conviene analizar previamente, aunque en forma muy somera, las constantes que presenta la creación narrativa de Carpentier.

Desde su primer relato de largo aliento, **El reino de este mundo**, Carpentier inicia en nuestro continente el tratamiento de tópicos históricos latinoamericanos desde una perspectiva hasta entonces inédita, lo que implica tanto una nueva manera de presentar la realidad cuanto un nuevo proceso en la creación narrativa. Así, por ejemplo, cabe destacar la voluntad de presentar a América Latina como una unidad sin fronteras, con comunes problemas políticos, sociales o históricos; la acción de una doble perspectiva, real y maravillosa al mismo tiempo; la presencia de personajes típicos, como el dictador o el rebelde, vistos con inusada hondura; la representación contrastada de la realidad cultural, social e histórica del mundo latinoamericano y del mundo europeo, confrontación que da una pauta de la importancia que se otorga a los espacios culturales, etc. En resumen, la narrativa de Carpentier ofrece una nueva forma de conocimiento de la realidad, un inédito tratamiento del espacio latinoamericano, una nueva perspectiva sobre los personajes y una esclarecedora comparación entre espacios culturales distintos.

Igualmente nos parece necesario apreciar la cosmovisión inserta en la obra narrativa de Carpentier, en especial lo que tiene de proceso paulatino en busca de respuestas a la interrogación que significa América Latina, verdadero horizonte vital de todas sus reflexiones.

El reino de este mundo inicia el análisis histórico -que indaga no el acontecer cronológico, sino la estructura profunda de una etapa histórica, que intenta recomponer narrativamente- de la rea-